

# Los teóricos de las élites: La afirmación del poder

Silvia Dupont y  
Enrique Suárez-Iñiguez

La ciencia política contemporánea en nuestro país no puede seguir desdeñando el estudio de temáticas diversas en aras de prejuicios de cualquier índole. La política, para que sea ciencia, requiere del análisis de toda forma de organización y ejercicio del poder y de teorías diversas. Lo anterior cobra sentido en un tema —entre varios— que ha sido relativamente poco tratado por los politólogos mexicanos: las teorías sobre las élites gobernantes. La razón de ello, seguramente, se debe a la vinculación de los creadores de esas teorías con el fascismo de su tiempo. Espíritu poco científico el que así obra. Las teorías sobre las élites no sólo son, de suyo, importantes sino que vistas con mayor apertura nos dan valiosos elementos para el análisis de la realidad.

Los elitistas sostenían que sólo se puede comprender la historia si se parte del principio de que es siempre una pequeña minoría la que domina a la mayoría y de que lo hace porque tiene en sus manos el poder y no, exclusivamente, porque convenga a los demás.

De ahí que criticaron a la democracia y a sus principios igualitarios porque, según ellos, no correspondía a la realidad. Rechazaban el postulado de si la acción política puede volver más racional el orden social: rechazaba el iluminismo. No creían en la igualdad universal y combatían a quienes creían en los principios igualitarios. No criticaban el orden social sino el orden político, no rechazaban el sistema capitalista sino la democracia.

Criticaban a la democracia con argumentos no muy distintos de aquellos que usaban los socialistas. Como estos creían que la base de las sociedades humanas era el dominio del hombre sobre el hombre y que la lucha de clases y el alternarse las minorías en el poder eran el motor de la historia, pero a diferencia de los socialistas sostenían que las cosas seguirían así en el futuro previsible

y que una sociedad sin clases era imposible. Las revoluciones, decía Pareto, sólo son una forma de sustituir una élite por otra.

Por último, debemos recordar que las teorías de las élites surgen con el propósito de fundar una creencia política realista y como alternativa a la interpretación marxista de la historia.

En este artículo planteamos de manera por demás descriptiva, los principales postulados de las teorías elitistas de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto, Robert Michels y George Sorel.

## *Gaetano Mosca*

Gaetano Mosca (1858-1941) surge, dentro de la teoría clásica de las élites como el primer autor que, a finales del siglo pasado, plantea una distinción sistemática entre élites y masas al afirmar como un hecho universal y necesario la existencia de dos “clases políticas”: una clase gobernante —siempre una minoría—, y una clase gobernada que conforma la mayoría. En efecto, en todos los grupos humanos de todos los tiempos han existido y existen los pocos que gobiernan y los muchos gobernados.<sup>1</sup>

Esta diferenciación entre élite y masa es un fenómeno político que, según Mosca, aparece naturalmente desde siempre; se sitúa más allá de la estructura económica en los diversos sistemas sociales porque, por un lado, el dominio de una minoría organizada sobre la mayoría desorganizada es inevitable ya que las masas no pueden gobernarse a sí mismas. Y, por el otro, en la medida en que existe una inherente desigualdad natural entre los individuos, que los hace a unos aptos para mandar y a otros aptos para obedecer, la domina-

<sup>1</sup> Mosca, Gaetano. *Elementi di Scienza Politica*, Bari, Editori Laterza, 1953, Parte II, cap. I.

ción no puede desaparecer puesto que no es un problema de clases sociales.

Por consiguiente, afirma el autor, en toda sociedad siempre habrá una minoría que en realidad gobierna. "Debemos reconocer que es imposible que un solo monarca gobierne millones de súbditos sin el auxilio de una jerarquía de funcionarios, o sea, de una clase dirigente; y que es igualmente imposible el funcionamiento de una democracia si la acción de las masas populares no está coordinada y dirigida por una minoría organizada dentro de una clase dominante".<sup>2</sup>

Es decir, cualquiera que sea la forma de gobierno, el poder político jamás es ejercido por una sola persona, trátase del monarca o del jefe de Estado, ni tampoco por la comunidad entera de sus ciudadanos sino, inevitablemente, por un grupo específico de personas que siempre resulta pequeño numéricamente en comparación con la población total. "Aún en las democracias persiste la necesidad de una minoría organizada y, a pesar de las apariencias contrarias y de los principios legales en los que descansa el gobierno, esta minoría retiene el control real y ejecutivo del Estado".<sup>3</sup>

Mosca parte de la idea de que son las minorías quienes hacen la historia y que la estructura de toda sociedad puede ser comprendida a partir de la relación de dominio de la minoría sobre la mayoría, de tal suerte que su interés se enfoca a los tipos de organización de la clase política (o dirigente o dominante), sus procesos de formación y modos de funcionamiento, su articulación y, especialmente, las ideologías y los principios de legitimidad sobre los cuales se funda el consenso político. "La amplia y genérica demostración de que la clase dirigente existe necesariamente tiene que ser complementada, por tanto, con un estudio analítico. Debemos buscar pacientemente los rasgos principales que poseen las diversas clases dirigentes, las distintas características y las remotas causas de su integración y desintegración. . .".<sup>4</sup>

Por consiguiente, para este autor, el contenido de la ciencia política habrá de ser el descubrimiento constante de las tendencias o leyes que determinan la conducta de las masas humanas y que regulan la organización de la autoridad política.<sup>5</sup>

Mosca afirma que existe una tendencia social, similar al proceso de evolución biológica, que se traduce en una lucha por la preeminencia más que

por la supervivencia, y cuyo resultado exitoso define a aquellos que conformarán la clase dirigente.

¿Quiénes, pues, integran esta clase? Según el autor, el poder de una élite no se deriva de la posición que ocupe dentro del proceso productivo, ni de la propiedad privada de la tierra o del capital sino se trata, fundamentalmente, de un grupo que, representando los intereses de los sectores más poderosos e influyentes de la sociedad, gobierna porque sus miembros son cualitativamente superiores al resto. En efecto, la pertenencia a la élite depende de que el individuo posea algún atributo que en ese momento la sociedad valore fuertemente, trátase de riqueza, status social, poder militar, rango religioso, prestigio, etc. "Todos aquellos que por su riqueza, educación, inteligencia o astucia tienen aptitud para dirigir una comunidad humana y la oportunidad de hacerlo o, en otras palabras, todos los recursos de la clase dirigente. . .".<sup>6</sup>

En términos de este teórico, el criterio que prevalece y es casi indispensable en la formación de una clase dirigente es la aptitud para dirigir, o sea, la posesión de cualidades personales que en determinada época y para determinado pueblo sean las más adecuadas para la dirección de la sociedad. A esto podría agregarse el deseo de dominar y la conciencia de poseer las cualidades indicadas, mismas que sufren cambios continuos al modificarse las condiciones intelectuales, morales, económicas y militares de cada pueblo.

Ahora bien, Mosca enfatiza que la pertenencia a la élite dependerá, asimismo, de la capacidad organizativa de sus integrantes, toda vez que la clase para el control de la mayoría se encuentra justamente en la capacidad de la minoría para actuar en forma cohesionada, de manera que presente un frente común al resto de la sociedad. Así, la clase dirigente se afirma, ya que ". . . el poder de cualquier minoría organizada es irresistible para cualquier individuo que esté sólo en la mayoría por demás desorganizada".<sup>7</sup>

Cabe aclarar el sentido aparentemente ambiguo en lo que se refiere a "clase dirigente". El significado de este término oscila entre el concepto estricto de aquella clase que directa y específicamente se ocupa de las tareas de gobierno, y aquel concepto más amplio de élite social que incluye a todos aquellos individuos que se diferencian de la masa, ya sea por ocupar un status social superior o bien por poseer cierto poder o

<sup>2</sup> Mosca, G. *Storia delle Dottrine Politiche*, Bar. Editori Laterza, 1972, p. 124.

<sup>3</sup> Mosca, G. *La Clase Política*, México, F.C.E., 1984, p. 224.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 230-231.

<sup>5</sup> Cfr. Mosca, G. *Elementi. . .*, op. cit. parte II, cap. I.

<sup>6</sup> Mosca, G., *La Clase Política*, op. cit. p. 227.

<sup>7</sup> Mosca, G., "La estructura variable de la Clase Gobernante", en Etzioni, Amitai (comps), *Los cambios Sociales, Fuentes, Tipos y Consecuencias*, México, F.C.E., 1968, p. 199.

privilegio, independientemente de que mantengan alguna relación específica con el poder político.

Ahora bien, toda vez que la clase en el poder es un grupo reducido y, por tanto, insuficiente para llevar a cabo todas las funciones que el liderazgo requiere, recurre a la burocracia como medio para asegurar su propia hegemonía. Por un lado, en tanto sea una burocracia eficiente, técnica y organizada servirá para sostener la estabilidad de la clase dirigente y, por el otro, podrá servir también como fuente de reclutamiento de sus propios líderes.

En lo que se refiere a las vías de acceso al poder, Mosca plantea la existencia de dos tendencias o principios, según sea la procedencia de los nuevos miembros de la clase dirigente. Cuando prevalece el principio aristocrático, la clase dirigente es cerrada en la medida en que confía la estabilidad de la dirección y del poder político únicamente a sus propios descendientes. En contraste, cuando predomina el principio democrático, el acceso es mucho más abierto y la clase dirigente tiende a renovarse, toda vez que se incorporan a ella elementos provenientes de los estratos dirigidos.

En cuanto a los modos de distribución de las posiciones de autoridad, existen igualmente dos principios. En el caso del principio autocrático, la autoridad es transmitida desde arriba, lo cual significa que es la clase dirigente quien nombra a sus colaboradores inmediatos quienes, a su vez, nombran a los funcionarios subalternos. Por el contrario, en el caso del principio liberal, la delegación de la autoridad se efectúa de abajo hacia arriba, o sea que "los funcionarios son creados por el sufragio de aquellos que estarán bajo su mando".<sup>8</sup>

Si alguno de estos principios se aplica de manera extrema, cualquiera que sea el régimen se volverá inestable y tenderá a desaparecer. Por ejemplo, el principio aristocrático, fundado sobre la herencia de los cargos, facilita la preparación de los próximos dirigentes pero, toda vez que es un sistema cerrado e inflexible de casta que impide el acceso a los miembros de la clase dirigida, su tendencia es hacia la fosilización. Por su parte, la hipertrofia del principio democrático produce una anarquía desenfrenada que puede destruir todo orden social.

En efecto, Mosca subraya que "los mejores regímenes son los mixtos, en donde no existe predominio absoluto del principio liberal o del autocrático, y en los cuales la tendencia aristocrática es atemperada por una renovación lenta pero continua de la clase dirigente".<sup>9</sup>

Ahora bien, en relación al acceso, cuando prevalece el principio aristocrático es probable que la clase dirigente sea más desinteresada y estable, pero también puede resultar menos representativa de las fuerzas sociales. Si, por el contrario, predomina el principio democrático es posible que la clase en el poder tienda a satisfacer sus propios intereses y sea menos estable pero, simultáneamente, puede ser capaz de representar a las diversas fuerzas sociales y de realizar el bien de la colectividad.

En cuanto a las formas de elección de los puestos de autoridad, Mosca sostiene que si predomina el principio autocrático es factible que el aparato ideológico sea más coherente y el régimen más estable, mientras que cuando el predominio es del principio liberal, habrá más incertidumbre de legitimidad producida por ciertas incoherencias en la ideología y menor estabilidad, pero existirá un mayor grado de defensa jurídica para los individuos.

Por consiguiente, para que una clase dirigente pueda afirmar su estabilidad, fortaleza y poder debe intentar, según el autor, ser representativa, desinteresada, coherente ideológicamente y ofrecer a los gobernados la garantía de la ley.

Por lo que se refiere a la representatividad puede decirse que, aunque la clase dirigente se encuentre organizada y cohesionada, tiene que desempeñar un rol conciliador un tanto representante de aquellas fuerzas sociales —es decir, cualquier actividad humana o elemento que tenga una significación social—, que en un momento dado son esenciales para la posesión y mantenimiento del poder. Simultáneamente, dicha clase debe acceder, en cierto grado, a las presiones nacidas del descontento de las clases dirigidas.

En cuanto al desinterés, la clase política debe cuidar que su acción pública esté motivada en el menor grado posible por sus intereses privados, de manera tal que vele por el bienestar de sus gobernados para inducirlos "... a servir al propio país sin otras satisfacciones que las que procura el amor propio".<sup>10</sup>

En relación a la coherencia ideológica, Mosca plantea que la clase dirigente explica y justifica su dominio frente a una sociedad apoyándose en una "fórmula política", es decir, en una creencia o en un sentimiento que en su época acepta cada pueblo. Estas creencias o sentimientos pueden ser, según los casos: la presunta voluntad popular o la de Dios, la conciencia de formar una nacionalidad distinta o un pueblo escogido, la fidelidad tradicional a una dinastía o la confianza en

<sup>8</sup> Mosca, G., *La Clase Política*, op. cit. p. 301-332.

<sup>9</sup> Mosca, G., *Storia delle Dottrine...*, op. cit. p. 307.

<sup>10</sup> Mosca, G., *Elementi...*, op. cit., p. 189.

un individuo dotado de cualidades excepcionales.<sup>11</sup>

En otros términos, la fórmula política es el conjunto de argumentos mediante los cuales la clase en el poder intenta persuadir a las clases dominadas de que tal poder no está fundado únicamente en la fuerza, sino sobre principios morales de orden universal.<sup>12</sup>

Mosca considera que los principios de legitimidad basados en las fórmulas políticas, propias de cada régimen, son como el cimiento moral entre todos los integrantes de la colectividad, de tal suerte que ningún sistema puede carecer de ellas. Sin embargo, en la medida en que no se trata de una fórmula estática, la clase dirigente deberá modificarla gradualmente de acuerdo a las transformaciones económicas y tecnológicas que ocurran en la sociedad.

En cambio, señala el autor, "la fórmula política es . . . superada al verse libre de esa fe en los principios sobre los cuales está apoyada, o cuando se entibian los sentimientos que la han creado"; esto es signo de que serias transformaciones son inminentes en la clase política. Trátase, por ejemplo, de la Revolución Francesa, que ocurrió cuando la gran mayoría de los franceses no creía ya en el derecho divino de los reyes.<sup>13</sup>

Es, pues, posible afirmar que cuanto mayormente eficaz sea una fórmula política, menor será el grado de coerción necesario para lograr la obediencia.

Finalmente, en lo que atañe a la garantía de la ley, este autor plantea que una institución política puede considerarse buena siempre y cuando cumpla escrupulosamente con la defensa jurídica de los individuos, es decir, la salvaguarda en todos los casos y para todas las personas de ciertos principios morales y de justicia social, según los tiempos y los países reconocidos por la conciencia universal.<sup>14</sup>

Esto significa que la defensa jurídica no implica exclusivamente la tutela formal de la ley contenida en la constitución, sino que abarca una serie de restricciones sobre aquellos que ocupan posiciones de poder y, correlativamente, una serie de medidas protectoras a favor de la colectividad. Esto es, si una clase dirigente debe dar el máximo de garantías a sus gobernados es porque, de otro modo, se violaría un componente de justicia relativa que es indispensable garantizar para la propia supervivencia de la clase en el poder.

Como se ha podido observar en las páginas anteriores, Mosca aborda el estudio de lo político y la concepción de las élites desde un enfoque fuertemente relacionado con lo jurídico, lo que es, por demás, característica general de los estudios políticos en Italia. En cambio, el punto de partida de la formulación teórica de Pareto es eminentemente sociológico, lo que conduce al autor hacia otras vertientes analíticas.

### Vilfredo Pareto

Vilfredo Pareto (1848-1923) utiliza el término "élite" para referirse a aquellos individuos que son los mejores en las diversas ramas de las actividades que se ejercen en el interior de una sociedad. En la medida en que los hombres son "física, moral e intelectualmente diferentes. . .", trátase de un sistema de castas o de un país avanzado, las sociedades humanas jamás podrán ser homogéneas.<sup>15</sup>

En efecto, señala el autor, si agrupamos a los individuos de acuerdo a rasgos tales como inteligencia, talento musical, capacidad matemática, etc., encontramos indiscutiblemente una curva de formas similares a las de distribución de riqueza. Por tanto, "no se puede razonar científicamente si se rechaza el aspecto fundamental de la heterogeneidad social y su organización jerárquica."<sup>16</sup>

Existen, en consecuencia, tantas clases de élites como de actividades humanas y, aunque Pareto admite la posibilidad de que algunos sean incluidos en la élite sin que en realidad posean estas cualidades de superioridad, insiste en la tesis de que quienes tienen cualidades de élite necesariamente se convierten en tal.

Sin embargo, su interés radica en estudiar aquellas élites que tienen el poder o que ejercen una influencia significativa en el ejercicio del mismo. Por consiguiente, divide a la élite en dos: una élite gobernante, formada por aquellos que directa o indirectamente desempeñan un papel fundamental en el gobierno, y una élite no gobernante que comprende a los restantes miembros superiores. "Así, por ejemplo, la élite del juego de ajedrez no ejerce ninguna influencia significativa ni en los asuntos políticos ni en la estructura social".<sup>17</sup>

Las élites gobernantes están constituidas por aquellos grupos que combinan el control de poder político con el disfrute de un alto prestigio en

<sup>11</sup> Mosca, G., *Storia delle Dottrine*, op. cit. p. 297.

<sup>12</sup> Mosca, G., *Elementi* . . . , op. cit., parte I, p. 110.

<sup>13</sup> Mosca, G. *Storia delle Dottrine*, . . . , op. cit., p. 288. Asimismo *La Clase Política*, op. cit. p. 36.

<sup>14</sup> Mosca, G., *Elementi* . . . , op. cit., p. 130.

<sup>15</sup> Pareto, Vilfredo. *Traité de Sociologie Générale*. Ginebra-París, Librairie Droz, 1969, ep. XI, p. 2025.

<sup>16</sup> *Ibidem*, cap. XI & 2025-2034.

<sup>17</sup> *Ibidem*, cap. XI & 2033-2034.

otros campos que la sociedad valora; mientras que en las masas, Pareto incluye a todo aquél con poco poder, poco prestigio, poca riqueza y pocos talentos.

En efecto, “supongamos que en cada rama de la actividad humana se asigne a cada individuo un índice que califique su capacidad. . . Por ejemplo, al profesional óptimo se le dará 10, al que no logra tener un sólo cliente 1, para poder darle cero a quien es absolutamente imbécil. . .”.<sup>18</sup> Los mejores son, entonces, aquellos que han tenido éxito.

Resulta claro, ahora, que este teórico parte de una concepción sobre la heterogeneidad natural al afirmar que los seres humanos no están distribuidos de manera uniforme en la escala social, o sea que en el extremo superior encontramos sólo unos pocos, mucho más en el medio, en tanto que la enorme mayoría está agrupada abajo.

Según Pareto, solamente es posible comprender la historia y el mecanismo político de las sociedades si se parte del presupuesto de que es siempre una pequeña minoría la que domina a la mayoría; y, si lo hace, es porque tiene en sus manos la fuerza y no exclusivamente porque convence por el bien público.

En este orden de ideas, la lucha de clases es, en realidad, la lucha por los intereses de la minoría que dirigen las organizaciones de ambas clases, dirigente y dirigida.

El propósito de la obra de este autor es describir y explicar la interdependencia de las diversas variables existentes en un sistema social. Por tanto, para entender la naturaleza de la conducta humana, es necesario distinguir entre lo que el autor denomina acciones lógicas y acciones no-lógicas, según provengan del pensamiento o del sentimiento.

Una acción es lógica cuando está enfocada hacia la consecución de un fin o propósito deliberadamente determinado, cuando su objetivo puede lograrse y cuando los pasos que efectúa o las medidas que toma son apropiadas para alcanzar ese fin; este tipo de acción es común en las artes, oficios y ciencia. Cuando falta alguno de estos requisitos, Pareto afirma que la acción es no-lógica.<sup>19</sup>

En otras palabras, las acciones lógicas son todas aquellas que “unen lógicamente las acciones con el fin”, es decir que, contando con los instrumentos posibles y adecuados, se proponen una meta alcanzable. Mientras que las acciones

no-lógicas son las restantes y “proviene de un cierto estado psíquico: sentimientos, subconciencia, etc.”. Éstas pueden dividirse en cuatro géneros:

- los medios no responden a ningún fin;
- los medios son imaginarios y no corresponden a la meta objetiva;
- la inconciencia del sujeto en el logro de la meta, y
- los medios utilizados conducen objetivamente a un resultado distinto del subjetivamente deseado.

Luego entonces, las acciones lógicas juegan un papel determinante en la política y en el cambio social, en tanto que las conductas no-lógicas constituyen la norma social habitual.

Para comprender el por qué de estas últimas, en la medida en que constituyen el sustrato cultural de toda sociedad, Pareto introduce el análisis de los residuos y las derivaciones.

Toda vez que la sociedad moderna es fuente inagotable de producción de teorías pseudológicas, el autor se aboca al estudio del elemento irracional en el mundo de la política y de la ideología. Le interesa descubrir bajo el velo de un razonamiento aparentemente correcto (la derivación) el fondo constante de la naturaleza humana (los residuos).<sup>20</sup>

Asimismo, intenta comprender lo que mueve a los hombres en su quehacer social y político, independientemente de sus intenciones y declaraciones; comprender cuál es la parte de lo irracional, de lo no-lógico y de lo ilusorio en las acciones humanas.

Inmerso en este ámbito, Pareto explica que los residuos constituyen el núcleo relativamente constante en el tiempo y en las diversas culturas; si cambian, lo hacen en forma gradual. Las derivaciones, por el contrario, varían constantemente en cada época y “manifiestan la necesidad de lógica que tiene el individuo”; constituyen, de esta manera, las expresiones de los residuos. Los primeros corresponden a creencias estables; las segundas, a los intentos por “extender un barniz lógico” sobre las creencias que por sí mismas no serían explicables.

En la política, derivaciones son por ejemplo las doctrinas que fundan la legitimidad del poder en la voluntad divina o en la soberanía popular. Residuo es la necesidad de fundar la legitimidad sobre algún principio superior.

De esta manera, el autor plantea seis clases de residuos, de los cuales en realidad sólo utiliza los dos primeros:

<sup>18</sup> *Ibidem*, cap. XI & 2027.

<sup>19</sup> *Ibidem*, cap. II & 145-258.

<sup>20</sup> *Ibidem*, cap. VI, & 842-1088.

Clase I: Instinto de las combinaciones: es la tendencia del ser humano para combinar varios elementos tomados arbitrariamente de la experiencia; en otras palabras, es la propensión del individuo que forma parte de una élite a adoptar siempre una actitud flexible en relación a las exigencias que le demanda la mayoría. Se caracteriza por la tendencia hacia el cambio, la novedad, la especulación, el progreso, la negociación.

Clase II: Persistencia de los agregados: es el residuo que da al anterior un carácter duradero y persistente; consiste en la tendencia a mantener el compromiso básico con los patrones habituales de conducta, a pesar de los cambios que demande el medio. Suele ir acompañado del uso de la fuerza para mantener la solidez y la permanencia de las entidades (orgullo familiar, solidaridad de clase, patriotismo, celo religioso, etc.). Se caracteriza por la resistencia al cambio, la conformidad, la solidaridad social, la inercia, el conservadurismo.

Clase III. Necesidad de expresar los sentimientos mediante actos externos: es la tendencia del individuo por hacer algo, independientemente de que ese algo pueda o no realizar un propósito.

Clase IV: Residuos en relación con la sociabilidad: es la tendencia del ser humano por obtener una ratificación social de sus actos. Expresa, asimismo, la disponibilidad al sacrificio, los sentimientos de orden y de jerarquía sociales, la desconfianza hacia el cambio, la inclinación a obtener lo que se cree que será bueno para los demás.

Clase V: Integridad del individuo y de sus pertenencias: es la tendencia a conservar la integridad personal y mantenerse al lado de aquellos seres y cosas con quienes se identifica.

Clase VI: Residuo sexual: el instinto puramente biológico no es un residuo sino hasta que se manifiesta, al menos verbalmente.<sup>21</sup>

Paralelamente a estos residuos más o menos constantes y operantes en todas las culturas, se encuentran las formas en que se exteriorizan las manifestaciones de los residuos. "Las derivaciones comprenden razonamientos lógicos, sofismas, manifestaciones de sentimientos"<sup>22</sup> Y Pareto las divide en cuatro clases:

- Afirmación de hechos imaginarios, de sentimientos presentados como hechos, bajo la forma de máximas y aforismos;
- Autoridad de uno o más hombres; de la tradición, usos y costumbres; de un ser divino o personificación. Se refuerza el argumento

apelando a cualesquiera de estas formas de autoridad;

- Acuerdo con los sentimientos o con los principios, es decir, se busca la validación de estos mediante abstracciones, realidades persistentes o principios eternos;
- Pruebas verbales, que son los artificios, astucias o ambigüedades del lenguaje que se ofrecen como pruebas en lugar de la definición de los hechos.<sup>23</sup>

En realidad el factor perdurable, significativo e influyente lo constituyen los residuos. Si bien las derivaciones no son constantes, su importancia estriba en que son las expresiones de aquellos.

Ahora bien, el autor plantea que una élite es diferente de otra según predominen en sus componentes los residuos de la Clase I —instinto de las combinaciones—, o los residuos de la Clase II —persistencia de los agregados—.

El instinto de las combinaciones es propio de quien tiende a "combinar" cosas diversas, inesperadas, poco usuales; es, por lo tanto, propio de quien innova, de quien descubre, de quien inventa y, por consiguiente, de quien es capaz de conciliar posiciones alejadas entre sí. Es propio, asimismo, de quien no se siente ligado a reglas fijas, a hábitos, a tradiciones.

En contraste, la persistencia de los agregados es "el instinto que se opone a que las cosas unidas se desunen" y, en consecuencia, es propio de quien se resiste a los elementos disidentes que se manifiestan en la sociedad a la que pertenece, de quien aprueba la permanencia de las relaciones familiares, de la colectividad, de la religiosidad.<sup>24</sup>

En síntesis: encontramos, por una parte, la innovación, la disponibilidad al cambio, el ingenio, la astucia, el fraude; por la otra, la fe, el patriotismo, la estabilidad, el tradicionalismo.

En efecto, la élite del primer grupo prefiere gobernar mediante la astucia; la otra, mediante la fuerza. Es decir, se trata de especuladores y de rentistas, visualizados por Maquiavelo como zorros y leones.

Por consiguiente, sería ideal lograr una combinación de ambos caracteres, de tal suerte que en la élite exista el espíritu de lucha contra todo aquello que obstaculice la estabilidad pero que, simultáneamente, existe el espíritu de cambio y la adaptabilidad al progreso.

Así, el estado óptimo demandaría que hubiesen rentistas (leones) esparcidos entre las masas y un pequeño porcentaje en la élite; mientras que los especuladores (zorros) deberían permanecer concentrados en esta última. De esta manera,

<sup>21</sup> *Ibidem*, caps. VII y VIII, & 1089-1390.

<sup>22</sup> *Ibidem*, cap. IX & 1401.

<sup>23</sup> *Ibidem*, caps. IX y X & 1397-1686.

<sup>24</sup> *Ibidem*, cap. IX, & 1686-2059.

la élite permanece más o menos abierta, permitiendo una libre circulación.<sup>25</sup>

En términos generales, Pareto contempla la sociedad como un sistema de variables interdependientes que tiende hacia un equilibrio dinámico, en el cual la élite nunca es estática; su estructura, su composición y su manera de relacionarse con el resto de la sociedad cambian constantemente.

Así, plantea cuatro pasos en que puede hablarse de renovación en sentido amplio; estrictamente, sólo los dos últimos corresponden al sentido que el autor da al concepto de circulación: en el primer caso, la élite existente se reproduce por vía hereditaria; en el segundo, se reproduce captando y asimilando a otros individuos; en el tercero, la élite se renueva introduciendo elementos con características distintas de las propias, lo cual permite una renovación estable, y en el cuarto caso, la élite existente es modificada en forma violenta, lo cual implica una renovación totalmente inestable.<sup>26</sup>

En efecto, el autor afirma que cuando hay circulación hay estabilidad. En caso contrario, si las élites no son renovadas, el sistema tenderá hacia el estancamiento y la decadencia y, posiblemente, surja la revolución como única vía para sustituir a los viejos componentes de las mismas. "Las revoluciones se producen ya sea por el entorpecimiento de la circulación de la élite, o bien porque se acumulan en los estratos superiores elementos decadentes. . .; (paralelamente) crecen en los estratos inferiores elementos de calidad superior que poseen los residuos capaces para ejercer el gobierno y que, además, están dispuestos a utilizar la fuerza."<sup>27</sup>

Esta élite potencial que se contrapone a las que posee el poder se apoya en las clases dirigidas; y una vez en el poder, total o parcialmente, violenta o pacíficamente, renovará la élite, haciendo prevalecer en su interior tanto las actividades como las líneas de comportamiento vinculados con la persistencia de los agregados: espíritu colectivo, capacidad de sacrificio, energía en la acción, sentimiento religioso del orden. Y ya no gobernará mediante la astucia, como aquella élite que había permanecido largamente en el poder, sino apoyándose en la fuerza.

Hasta aquí hemos abordado la concepción paretiana que considera a la sociedad como un sistema de variables interdependientes, cuyo adecuado funcionamiento permitirá la permanencia del mismo. En cambio, los fenómenos

que Michels se propone explicar pueden sintetizarse en su preocupación por la tendencia de todas las organizaciones de partido a asumir una estructura oligárquica.

### Robert Michels

La obra de Robert Michels (1876-1936), *Los Partidos Políticos* es una tentativa de análisis de la naturaleza de la organización con respecto a la democracia, como lo señalara James Burnham.

Michels se va a preocupar y a ocupar en el problema de la democracia y las tendencias oligárquicas en su seno. Para él, como para Rousseau, la democracia verdadera no ha existido ni existirá jamás. Es un espejismo, un criterio moral, un ideal humano que como tal tiene valor relativo. Por ello resulta un vano intento analizar si la democracia ideal es factible, posible y realizable en algún momento dado";<sup>28</sup> si es un ideal que no tiene posibilidad de realización o en qué medida podría lograrse. A su juicio ése es el problema central de la ciencia política. Al tratar de resolverlo o al menos, aclararlo va a encaminar todos sus esfuerzos y su lucidez; y ello tanto en lo estatal como en lo partidario.<sup>29</sup>

Michels va a tejer un detallado hilado de elementos teóricos y comprobaciones empíricas cuyo núcleo será la *ley de hierro de la oligarquía* que sintetiza así: La democracia es inconcebible sin organización<sup>30</sup> y toda organización implica, necesariamente, elementos oligárquicos. La ley sociológica fundamental de los partidos políticos es que "la organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegantes. Quien dice organización dice oligarquía".<sup>31</sup>

Todo grupo, toda clase, todo partido, todo Estado, al crecer se complejiza y al hacerlo, requiere una organización para llevar a cabo sus fines. Particularmente la clase trabajadora, pues sin organización "el triunfo es imposible *a priori*".<sup>32</sup>

La democracia, en teoría, es el gobierno de todos, de las masas que expresan su voluntad en asambleas populares. Pero esto es imposible

<sup>28</sup> Michels, Robert, *Los Partidos Políticos*, Buenos Aires, Amorrortu Edit. 1973, T.I., p. 190.

<sup>29</sup> Y no lo analizará en los partidos políticos conservadores pues, como lo ha señalado Seymour Martin Lipset en la introducción a la obra de Michels, la mayoría de los políticos conservadores no creía en la democracia, sino en los partidos socialistas, que no sólo la defendían sino que eran o se creían revolucionarios.

<sup>30</sup> Michels, R., *Los Partidos Políticos*, op. cit., T.I., p. 67.

<sup>31</sup> *Ibidem*, T. II, p. 189.

<sup>32</sup> *Ibidem*, T.I, p. 67.

<sup>25</sup> *Ibidem*, cap. XII & 2235-2325.

<sup>26</sup> *Ibidem*, cap. XI & 2057.

<sup>27</sup> *Ibidem*, cap. XII & 2209-2233.

en una sociedad moderna. La multitud es acrítica, carece de personalidad y de responsabilidad. No está capacitada para decidir sobre asuntos fundamentales. Se requiere un sistema de representación. Así, al principio, los líderes —toda forma de vida social requiere liderazgo—<sup>33</sup> surgen espontáneamente y responden a los intereses de las masas, pero cuando el partido o la sociedad se van haciendo más complejos, se hace necesaria una división del trabajo. Será imprescindible la especialización, pues muchas de las tareas del organismo requieren conocimientos muy precisos para realizarlas; esa especialización se da en términos de preparación intelectual. En efecto, a medida que los líderes se van educando y aprendiendo nuevos y más ricos aspectos, se van separando y alejando de las masas; y al actuar como líderes, por el poder político que tienen —en tanto que manejan un gran partido—, sus alcances son mayores. Tienen poder, tienen influencia, tienen educación. Ya no son más obreros. Ya no piensan, ni sienten, ni viven como ellos. Se han alejado de los intereses de las bases a las que representan. Por ello no será infrecuente que incluso planteen asuntos contra los intereses de sus agremiados. Todo poder es conservador, dice Michels. Y el poder del partido socialista no es la excepción. Los líderes no responden ya a las necesidades de las bases. Cabría, pues, desautorizarlos. Pero las masas no tienen educación ni capacidades para hacerse cargo de las funciones a lo más a que pueden aspirar es a cambiarlos. Y con los nuevos sucederá lo mismo pues es ineludible al proceso mismo de la organización. La especie humana requiere, como Proudhon lo señalaba, de dirección. Para Michels hay una incompetencia “perpetua” e “incurable” de las masas, una incapacidad técnica para gobernar directamente. En un principio la organización es el arma de los débiles contra los fuertes. Pero luego lo es de las minorías con respecto a las mayorías: se da la profesionalización del liderazgo.

La organización requiere, pues, división del trabajo, especialización, disciplina y jerarquía. Ello supraordina a las élites sobre las masas. Pero, además, los dirigentes tienen el control financiero de la organización; la prensa como poderoso instrumento político; la administración y todos aquellos elementos que se desprenden de su posición. “Cuanto más extenso y más ramificado es el aparato oficial de la organización, tanto mayor es el número de sus miembros, tanto más rico su tesoro y tanto más amplía la circula-

ción de su prensa, tanto menos eficiente el control ejercido por la masa y tanto más reemplazado por el poder creciente de las comisiones.<sup>34</sup> La masa no puede ni fiscalizar a sus dirigentes. Están bajo el dominio de una aristocracia.

Michels demuestra que los líderes se vuelven indispensables, que duran en los cargos muchos años y que no hay circulación de las élites como Pareto pensaba. Más bien, los nuevos dirigentes que van surgiendo se van asimilando a la clase política —como Mosca la definió: políticamente dominante. Nuestro autor sostiene que esta teoría refuerza y complementa al marxismo. “No hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de luchas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores. La existencia de una clase política no contradice el contenido esencial del marxismo, no considerado como dogma económico, sino como filosofía de la historia.”<sup>35</sup>

Para Michels “la sociedad no puede existir sin una clase ‘dominante’ o ‘política’ y . . . si bien los elementos de la clase gobernante están sujetos a una renovación parcial frecuente, constituyen, sin embargo, el único factor de eficacia perdurable en la historia del desarrollo humano. Según esta perspectiva el gobierno, o mejor dicho el Estado, no puede ser sino la organización de una minoría. El propósito de esta minoría es imponer al resto de la sociedad un ‘orden legal’, que es el fruto de las exigencias del dominio y de la explotación de la masa de ilotas por parte de la minoría gobernante, y que jamás podrá representar en forma auténtica a la mayoría; esta última es así permanentemente incapaz de autogobierno. Aun cuando el descontento de las masas culminara en el intento triunfante de despojar del poder a la burguesía, esto ocurre sólo en apariencia, según lo afirma Mosca; es forzoso que surja siempre de las masas una nueva minoría organizada que se eleve al rango de clase gobernante.”<sup>36</sup> Lo que pueden hacer es elegir a sus nuevos amos.

La creación de oligarquías se debe a una necesidad orgánica y por eso afecta por igual a toda organización, socialista o conservadora. Pero también se debe, dice Michels, a causas psicológicas, aunque en realidad lo que demuestra es que son sociológicas. Su conclusión es abrumadora: “La masa no gobernará nunca sino *in abstracto*”<sup>37</sup>

<sup>34</sup> *Ibidem*, T. I, p. 78.

<sup>35</sup> *Ibidem*, T. II, p. 178.

<sup>36</sup> *Ibidem*, T. II, p. 177.

<sup>37</sup> *Ibidem*, T. II, p. 190.

Pero ello no indica que no debamos buscar la solución democrática. Contra lo que los juicios ligeros sobre nuestro autor sugieren, Michels está preocupado por conseguir la aplicación de la democracia y averiguar sus límites. Escribe en sus conclusiones: "Sería erróneo extraer de esta cadena de razonamientos y de estas convicciones científicas, la conclusión de que debemos renunciar a todo esfuerzo por fijar los límites a los poderes ejercidos sobre el individuo por las oligarquías (el Estado, la clase dominante, el partido, etc.). Sería un error abandonar la empresa deseperada de esforzarse por descubrir un orden social que haga posible la realización completa de la idea de la soberanía popular".<sup>38</sup> Y más adelante, en un hermoso párrafo completa la idea: "El campesino de la fábula dice a sus hijos en el lecho de muerte que hay un tesoro escondido en el campo. Después de la muerte del anciano, los hijos escarban por todos lados para descubrir el tesoro; no lo encuentran, pero su labor infatigable mejora la tierra y les proporciona relativo bienestar. El tesoro de la fábula bien podrían simbolizar a la democracia. La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada; pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente por descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático".<sup>39</sup>

Así pues la tarea a realizar es la de elevar el nivel intelectual de las masas a fin de que, "dentro de los límites de lo posible", puedan contrarrestar las tendencias oligárquicas de las organizaciones de las clases trabajadoras. Aunque nunca lograrán desaparecer por completo.

Para Michels la solución posible parece ser la educación. Ello y la libertad de pensamiento y acción críticas de "espíritus libres" que, movidos por los principios y los instintos y sobre un avance del *status* económico de las masas, puedan aceptar la realidad e intentar su mejoría. Es por eso que, a pesar de los límites y peligros de la democracia, ésta será mejor que la mejor de las aristocracias reales, aunque en términos ideales, el mejor gobierno sería "una aristocracia de personas moralmente buenas y técnicamente eficientes".<sup>40</sup>

Michels estudia las tendencias oligárquicas de la democracia a fin de ser más realista, de hacer ciencia y señalar los problemas para poderlos afrontar y reducir al mínimo. No está, en modo alguno contra la democracia. Esto en su obra. En su vida decidió abandonar su cátedra en Alemania por la Presidencia de la Universidad

de Perugia que le ofreció Mussolini en 1928 y, antes de su muerte, apoyó decididamente al régimen del *Duce*. No obstante, la riqueza de su obra es permanente: una obra clásica de la ciencia política. Su estudio nos plantea problemas aún no resueltos y nos obliga a pensar en sus posibles soluciones. Su lectura no puede sino enriquecernos. Sólo es de lamentarse que una inteligencia como la suya creyera y apoyara una de las peores aberraciones del género humano: el fascismo.

### Georges Sorel

Georges Sorel (1847-1922) no es, en sentido estricto, un teórico de las élites, pero tanto la posición política por él defendida como el sentido del mito y la violencia en su obra, configuran elementos interesantes para la conformación de una teoría sobre las élites.

Cuando Sorel escribe *Reflexiones sobre la violencia*, en 1906-1907 era un periodista y un teórico militante del movimiento revolucionario francés. En aquellos años la parte más importante del movimiento obrero organizado eran los partidos social-demócratas los cuales, aunque seguían conservando el discurso sobre los fines del derrocamiento del capitalismo y la instauración de una sociedad socialista, en la práctica luchaban por las mejoras económicas de los obreros y por puestos gubernamentales y parlamentarios para sus dirigentes. La fracción sindicalista del movimiento obrero —a la cual pertenecía Sorel y en nombre de la cual escribía— se oponía al Estado, no sólo al Estado capitalista sino a toda forma de Estado por considerar que era un instrumento de opresión de las masas. Dado que los partidos políticos, el socialista igual que los demás, tenían como fin la toma del poder del Estado, formaban parte de la maquinaria de opresión. Cualquier partido que tomara el poder lo único que haría sería sustituir una élite por otra. De ahí la importancia de la teoría del mito en la obra de Sorel: expresión de la posición política sindicalista del movimiento obrero de su tiempo.

Como bien lo ha visto James Burnham, todo el programa revolucionario, según Sorel, debía ser expresado como un solo mito, el mito de la huelga general. Ésta era la consigna y la meta ideológico-política del sindicalismo: el proletariado se lanzaría a una huelga dividiendo a la sociedad en dos bandos contrarios. Toda la producción económica cesaría, las instituciones se derrumbarían dando lugar al colapso que se solucionaría con el regreso de los obreros al trabajo. Pero ya no regresarían como proletarios sino como productores libres. Un mito así es lo que motiva la acción de las masas: es una invitación a la acción que ningún

<sup>38</sup> *Ibidem*, T. II, p. 192.

<sup>39</sup> *Ibidem*, T. II, p. 192-193.

<sup>40</sup> *Ibidem*, T. II, p. 195.

programa político puede igualar. Éste era el mito que el sindicalismo proponía. Pero en la historia ha habido otros mitos poderosos: el cristianismo, la Reforma, la Revolución Francesa, etc. ¿qué es, pues, un mito? Dice Sorel: "En el curso de este estudio siempre he tenido presente una cosa que me ha parecido a tal punto evidente que no he creído necesario hacer hincapié en ella; a saber, que los hombres que participan en un gran movimiento social siempre se representan una acción futura como una batalla en la cual su causa triunfará con toda seguridad. Me propongo llamar mitos a esas estructuras". Cabe aclarar que el mito nada tiene que ver con la realidad. Hay que distinguir entre "el hecho realizado y la representación que la gente se haya formado de esos elementos antes de la acción". "Los mitos no son descripciones de cosas sino expresiones de una determinación a actuar". "El mito debe ser considerado como un medio para ejercer cierta acción sobre el presente; cualquier tentativa por averiguar hasta qué punto puede ser concebido literalmente como historia futura carece de sentido".<sup>41</sup>

El mito, lo sabía Sorel, nunca se realizará ni siquiera aproximadamente, pero logrará cambios significativos en la realidad. Pero no es eso lo que cuenta sino su fuerza innovadora, su capacidad para movilizar, para ejercer la acción. Ahora bien, para que esto suceda se requiere que el mito se fundamente en la violencia. No una violencia producto de una brutalidad sino de aquélla que invita a la acción revolucionaria del proletariado. Según Sorel, en la sociedad de su tiempo el fraude y la corrupción sustituyen el papel de la violencia, pero esas eran formas hipócritas y falsas producto de una degeneración social. Para evitar esa degeneración habría que restituir el papel de la violencia.

"El mito y la violencia, dice Burnham parafraseando a Sorel, actuando recíprocamente el uno sobre la otra dan como resultado no la crueldad desprovista de sentido y el sufrimiento, sino el sacrificio y el heroísmo". Es esto, según Sorel, el acudir al reconocimiento de la necesidad de la violencia lo que puede disminuir su empleo y no los ideales humanitarios y pacifistas. "Se puede, por lo tanto, concebir el socialismo como un movimiento de naturaleza perfectamente revolucionaria, aun cuando sólo se produzcan unos pocos conflictos breves, siempre que estos tengan fuerza suficiente como para evocar la idea de una huelga general: todas las manifestaciones del conflicto aparecerán entonces en forma magnifi-

cada, y dado que se mantendrá la idea de la catástrofe, la escisión producida en la sociedad será perfecta. De esta suerte puede descartarse una de las objeciones levantadas contra el socialismo revolucionario; no hay peligro de que la civilización sucumba como consecuencia de un desarrollo de la brutalidad dado que la idea de la huelga general puede fomentar la noción de la guerra de clases mediante incidentes que los historiadores de la clase media considerarían como de poca importancia".<sup>42</sup>

Sorel sostiene que los ideales humanitarios y pacifistas de tiempos pasados lejos de evitar el uso de la violencia, lo fomentaron. Así, durante la Revolución Francesa se derramó mucha sangre a pesar de sus ideales y lo mismo ha sucedido con otros movimientos que han profesado tesis humanitarias las cuales no han podido evitar las guerras más gigantescas de la historia. En cambio, el reconocimiento de la función de la violencia puede en realidad evitar el mayor uso de ella. Eso dice Sorel y otros teóricos de las élites parecerían coincidir con esta posición. Sin embargo, también se entiende por qué su teoría fue alimento del fascismo y de todas aquellas doctrinas que creen que el fin justifica los medios.

Como lo señalamos al principio, el estudio de los teóricos de las élites —por su riqueza conceptual, por su conocimiento de la historia, por su realismo político— tiene una trascendental importancia. Los politólogos de hoy no pueden ignorar lo que ellos plantearon. Su lectura, en ocasiones nos produce placer por la brillantez de sus juicios y, en otras, escalofrío por su pragmatismo. Pero siempre nos da luz sobre los acontecimientos políticos. La investigación de la realidad que busquemos entender y transformar, deberá completar, enriquecer y modificar los juicios de los teóricos aquí estudiados.



<sup>41</sup> Sorel, Georges, *Reflexiones sobre la Violencia*, citado por James Burnham, *Los Maquiavelistas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1945, p. 154-156.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 162.

**Bibliografía**

- Borkenau, Frank. *Pareto*, México, F.C.E., 1974.
- Bottomore, T.B., *Elites and Society*, New York, Basic Books, 1964.
- Burham, James. *The Machiavellians Defenders of Freedom*, New York, Books of Libraries Press, 1970, Trad. española: *Los Maquiavélicos*, Buenos Aires, Emec Editores, 1953.
- Michels, Robert. *Los Partidos Políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, Editores, 1973, 2 Vol.
- Mosca, Gaetano. *Elementi di Scienza Política*. Bari, Editori Laterza, 1953, Trad. española en mimeo: *Teoría de la Clase Dirigente*, primer cap. de la parte II.
- Mosca, Gaetano. *Storia delle Dottrine Politiche*. Bari, Editori Laterza, 1972 Trad. española: *Historia de las Doctrinas Políticas*, Madrid, Edit. Revista de Derecho Privado, 1941.
- Mosca, Gaetano. "La Estructura Variable de la Clase Gobernante", en Etzioni, Amiati (comps). *Los cambios sociales, fuentes, tipos y consecuencias*, México, F.C.E., 1974.
- Mosca, Gaetano, *The Ruling Class*. New York, McGraw Hill, 1939.
- Mosca, Gaetano, *La Clase Política*, México, F.C.E., 1984.
- Pareto, Vilfredo, *Forma y Equilibrios Sociales*. Madrid, Edit. Revista de Occidente, 1967.
- Pareto, Vilfredo, *Traité de Sociologie Générale*. Ginebra-París, Librairie Droz, 1969.
- Sorel, Georges. *Reflexiones sobre la Violencia*, Buenos Aires, Edit. La Pleyáde, 1958.
- Zeitlin, Irving, *Ideología y Teoría Sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu Edit. 1981.